

Antonio de los Bueis Güemes  
Jerónimo de la Hoz Regules. *Miguel Artigas: de la Biblioteca de  
Menéndez Pelayo a la dirección de la Biblioteca Nacional.*  
*Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo.* XCVIII-2, 2022, 435-439  
<https://doi.org/10.55422/bbmp.826>

**Jerónimo de la Hoz Regules. *Miguel Artigas: de la Biblioteca de Menéndez Pelayo a la dirección de la Biblioteca Nacional.* Madrid. Fundación Universitaria Española. 2017.**

Antonio de los Bueis Güemes  
Sociedad Menéndez Pelayo  
Centro de Estudios Montañeses

La figura de Miguel Artigas Ferrando (Blesa, 1887 - Madrid, 1947) es bien conocida como director de la Biblioteca de Menéndez Pelayo y posteriormente de la Biblioteca Nacional, pero no existían más que estudios parciales sobre su labor. El presente trabajo, en edición de la Fundación Universitaria Española, es un estudio bien documentado sobre el que fuera también primer director del hoy centenario y prestigioso *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo* y paralelamente de los orígenes de la propia Sociedad Menéndez Pelayo. El título define bien su itinerario vital: «Miguel Artigas: de la Biblioteca de Menéndez Pelayo a la dirección de la Biblioteca Nacional», aunque el autor se centra especialmente en el fecundo periodo santanderino de Artigas, de ahí lo adecuado del subtítulo: «El intelectual que hizo de Santander una ciudad de cultura». Aunque el libro también se adentra en su labor modernizadora de la Biblioteca Nacional, foro imprescindible de la cultura hispana en años cruciales para la biografía del bibliotecario que debieran ser más estudiados.

Se resalta desde un principio cómo Artigas supo ejercer, tanto en Santander como en Madrid, una labor de enorme responsabilidad como era dar a conocer la inmensa obra que Menéndez Pelayo había dejado a su temprana muerte, conservando y difun-

diendo su legado, siendo uno de sus logros la *Edición Nacional de las Obras Completas*.

Los distintos capítulos van desgranando periodos y facetas de la vida del bibliotecario, que reflejan su huella en la historia de la cultura española. El personaje lleva a comprender mejor todo el mundo de la intelectualidad, las ideologías y la enorme influencia que en esos años ejercía Menéndez Pelayo. El libro trata pues de enmarcar la biografía desde los años veinte hasta inicios de la república, años clave para entender las etapas posteriores, sobre las que se ha escrito mucho más.

Los primeros capítulos analizan la figura de Artigas, enmarcada en los hitos culturales del momento en que participó: su acceso al prestigioso Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios, sus estancias, becado por la JAE, en Alemania y su ligación al Centro de Estudios Históricos que dirigía Ramón M. Pidal. De la Hoz quiere recalcar cómo Artigas es, por tanto, un hombre de su tiempo, que debe de ser adscrito a la generación del 14, al compartir con ella modernidad, proyección europea e inquietudes científicas y educativas, relacionándose tanto con intelectuales de raíz tradicional o católica, como con los procedentes del institucionismo. Cita la deuda intelectual de esa generación con los grandes personajes de la Restauración como eran el propio Menéndez Pelayo o Cajal. Una generación intelectualmente activa, ideológicamente plural, que con el impulso de la JAE, por primera vez, enviaba a muchos jóvenes a formarse al extranjero.

En segundo lugar, se desgrana su largo periodo en Santander, en el que ejerció como dinamizador cultural, llenando un vacío, en base a la Sociedad Menéndez Pelayo y al Ateneo, del cual fue vicepresidente; y se apunta certeramente su papel como artífice del lanzamiento de Santander como ciudad universitaria, por medio de los Cursos de Verano, creándose un Colegio Mayor dependiente de la Universidad de Valladolid, germen de la futura Universidad Internacional. Se detalla así la creación, en torno a la BMP, de una escuela de hispanismo, a favor de la presencia de investigadores que escrutaban la nutrida BMP. De la Hoz ya había profundizado en el estudio de los primeros años de la Sociedad Menéndez Pelayo con ocasión de su tesis doctoral y había tratado el tema de los hispanistas alemanes que visitaron Santander (*BBMP*, 2012). Es de interés poner de relieve cómo Artigas supo relacionarse con personajes clave del

momento, como Pidal, Salinas, Unamuno, Dámaso Alonso, Cotarelo, Amezá, etc. Y la edición del *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo* (BBMP) será esencial para la deseada proyección de la Biblioteca, muy visitada al ser quizá la mejor y más nutrida biblioteca privada del momento. Quizá sin Artigas el BBMP no hubiese llegado nunca a lo que es hoy, dados sus inmediatos contactos con universidades y centros de investigación españoles y extranjeros, socios desde el primer momento. Facilitó la acogida de hispanistas el nuevo edificio clásico de la BMP inaugurado por el rey en 1923. Una de las aportaciones del autor es demostrar esta continuidad entre los Cursos de Artigas y la posterior Universidad Internacional de la que Artigas es miembro del primer patronato, siendo tras la guerra director de los Cursos de Verano que darán lugar a la UIMP en los años cuarenta.

Cronológicamente el autor se centra en los hitos culturales y políticos del momento, en especial la Dictadura de Primo de Rivera, momento clave de inflexión política y social, presentando las reflexiones de Artigas en unos años en que iban dándose a conocer los poetas del 27, uno de los cuales, Gerardo Diego tuvo una estrecha relación con el bibliotecario fortalecida por el común aprecio por Góngora.

Y es que Artigas tiene otra faceta, que es la de investigador: así otro de los capítulos pone de manifiesto su avidez lectora en la Biblioteca, que le lleva a promover trabajos y ediciones sobre nuestros clásicos, apoyado siempre en la enorme fuente de Menéndez Pelayo. Una obra investigadora que lógicamente estuvo en función del trabajo bibliotecario que le permitía ir descubriendo y sacando a la luz documentos, epistolarios y obras olvidadas; y rescata aspectos poco conocidos de clásicos, Quevedo, Timoneda, Medina Medinilla (estudiado por Gerardo Diego), Luis de Ulloa, o Juan Cristóbal Calvete, pero también sobre ilustrados como Bartolomé José Gallardo o Tomás Antonio Sánchez.

Pero sobre todo es Góngora el autor elegido por Artigas y curiosamente en esto se distancia un poco de su maestro, cuyo aprecio por el andaluz era muy inferior al que siempre había demostrado por Lope o Quevedo. Temprano estudioso del poeta cordobés, a raíz de la catalogación de algunos manuscritos que guardaba don Marcelino, su mérito gongorista es el de un investigador, no creador como era Artigas. Pero indudablemente desde muy pronto con José M<sup>a</sup> de

Cossío y Gerardo Diego conforma el trío santanderino promotor del gongorismo y la correspondencia entre ellos delata gran sintonía. Cossío sentencia que Artigas acaba con «la leyenda tradicional del Góngora bueno y el Góngora malo» pues para Artigas el admirado Góngora de los Romances y de las Letrillas era también superior con el *Polifemo* y *Soledades*, aunque no fueran fáciles de leer. Y aquí sabía que contradecía a Menéndez Pelayo quien, en la *Historia de las Ideas Estéticas*, aunque apreciaba los Romances, afirmaba que Soledades no tenía asunto y estaba privado de alma, trabajado en la forma, pero sin contenido; Artigas hizo ver que aun con cierta idolatría de la forma y confusos temas de melancolía y amor platónico, había un gran instinto de poeta. Quizá el autor no se extiende suficientemente en el Artigas estudioso del otrora tan atacado poeta, por Jáuregui, Lope o Quevedo y redescubierto desde los parnasianos y simbolistas franceses y por Rubén Darío. Se recuerda sin embargo que, en palabras de Gerardo Diego, con Artigas la vida de Góngora «quedó por vez primera estudiada en un ambiente exacto y comprendido». La RAE le premió con la Medalla de Oro por *Don Luis de Góngora y Argote. Biografía y estudio crítico* (1925), un libro que tiene aún enorme interés y en 1927 obtendrá, por *Semblanza de Góngora*, el Premio Nacional de Literatura compartido con Dámaso Alonso.

Otro aspecto que se pone de relieve como mérito de Artigas es que su labor modernizadora de la Biblioteca Nacional fuera reconocida por todos, sin distinción de ideologías, algo difícil en la España del momento. Se enfatiza que, sin embargo, nunca ocultó sus ideas y colaboró estos años en la Sociedad de Amigos de Menéndez Pelayo que buscaba el redescubrimiento de la obra del sabio como modelo ideológico imprescindible para la España del momento y para una regeneración cultural enraizada en la tradición, siendo impulsada entre otros por Herrera Oria, d'Ors, o Lozoya. También por Sainz Rodríguez y Maeztu, empeñados en una regeneración que sólo entendían posible con la fuerza de nuestra historia y de la tradición, como desgrana el capítulo «El despertar menendezpelayista catalizado desde la BMP: Eugenio d'Ors y Ramiro de Maeztu» ya tratado anteriormente por De la Hoz.

Se enfatiza que la labor de Artigas tuvo desde el principio una resonancia nacional y no sólo santanderina contribuyendo a construir la imagen del sabio y ejerciendo una indudable influencia sobre el mundo

intelectual hispano. Artigas, que en Salamanca había sido discípulo de Unamuno, supo crear puentes y éste es un gran mérito del bibliotecario que, como su maestro supo recoger lo mejor de la cultura española y la tradición, con espíritu liberal de acogida, pero entendiendo que las raíces cristianas eran la esencia de la nación española.

La posguerra y gestión de la Biblioteca Nacional es tratada más superficialmente, al centrarse el libro en su primera etapa. Es cierto que la súbita enfermedad de Artigas le impide proseguir con el mismo ímpetu una ya madura tarea que le hubiera hecho figurar entre los más grandes como gestor y como erudito, aunque sus muchos años al frente de la Biblioteca Nacional le hacen figurar con derecho propio entre las personas más influyentes del mundo cultural de la época. El Epílogo del libro presenta sucintamente sus últimos años y su fallecimiento en 1947, que coincide con el Decreto para restablecer la UIMP, una de sus grandes ilusiones, cuya sede volverá de nuevo desde 1949 al Palacio de la Magdalena.

En resumen, el libro permite aproximarse a unos años cruciales para la cultura y las letras santanderinas.